

DE ENCUENTROS, MIRADAS, SONRISAS... E INTENTOS DE FUGA

**“Tú nos darás la paz,
porque todas nuestras empresas nos las realizas tú”
(Isaías 26,12)**

“¿Por qué pasa esto? ¿Por qué a mí?” Son preguntas que comúnmente nos hacemos ante situaciones inesperadas, dolorosas, incomprensibles. Sin embargo, alguien decía que podemos cambiarlas por estas otras: “¿Para qué me pasa esto? ¿Para qué a mí?” Estoy convencido que cuando nos formulamos así las preguntas, cambia la perspectiva de la situación que estamos atravesando y si bien muchas veces no podremos cambiarla en sí, podremos encontrar una experiencia, una enseñanza, un crecimiento.

Por otra parte, desde una perspectiva de fe, es realmente bella la experiencia del pueblo de Israel ante las situaciones de la vida diaria. Ellos “leían” su historia, como Historia de Dios, o mejor, como Historia de Salvación. Encontraban la mano de Dios en lo que pasaba -sin quitarse la responsabilidad de las malas decisiones tomadas-. Sea próspera, bella, dolorosa, de guerra, de desolación, en toda situación procuraban encontrarle el sentido, el “para qué”, el “¿qué nos quiere mostrar el Señor con esto que estamos viviendo?” Esta búsqueda de sentido está en la naturaleza del ser humano, de todos los tiempos y de todos los lugares. Las consecuencias son lamentables cuando no encontramos un sentido a lo que somos, a lo que hacemos, a lo que tenemos, a lo que nos ocurre. Me gustaría que estas líneas sirvieran para que la situación que estamos viviendo la leamos como parte de nuestra “Historia Personal de Salvación”, y que procuremos hacer el ejercicio siempre de “leer” en nuestra vida la presencia de Dios.¹

En este sentido, entonces, entra en juego una palabra tan cargada de significado, pero que a veces la encasillamos, o peor, la queremos borrar de nuestros diccionarios personales, porque nos da temor, o nos causa dudas... o nos paraliza: Vocación. Simplemente si queremos encontrarle “sentido” a la vida y vivir conforme a él, debemos recordar que, a final de cuentas, nuestra vida entera es vocación.

Vocación, en términos generales, significa “llamada”. Hay, por lo tanto, alguien que llama, alguien que es llamado, un mensaje de la llamada y una esperada respuesta. La vida en sí misma es vocación, pues ninguno de nosotros pidió ser engendrado. La vida es un regalo, un don, algo que se nos es dado. ¡Fuimos llamados a la vida! El detalle está en que no somos nada más seres vivientes que nacen, crecen, se reproducen y mueren (como aprendíamos en

¹ Para esta tarea me gusta mucho proponer una canción del soundtrack de la película “El Príncipe de Egipto” (1998) llamada “Mirada Celestial” (*Through Heaven's eyes*). Cito aquí una parte para este propósito, sobre todo en el ambiente tan infectado con la ‘cultura del descarte’, como la ha llamado el papa Francisco: “Entonces, ¿cómo puedes ver cuánto vale tu vida, o dónde reside tu valor? No podrás verlo a través de ojos humanos. Debes ver tu vida a través de los ojos del cielo.” (*So, how can you see what your life is worth, or where your value lies? You can never see through the eyes of man. You must look at your life through heaven's eyes*)”

la clase de ciencias sobre los seres vivos), sino que descubrimos que hay en nosotros “algo más”. Ese “algo más” es lo que está en la base de nuestra vida humana: la dignidad. La dignidad humana es fruto de esa vocación. El sentido de nuestra vida es, entonces, vivir según esa dignidad de la cual somos portadores. Toda vida humana tiene un “sentido” ... no hay que dárselo, sino más bien re-descubrirlo. Llegados aquí es necesario recordar que no estamos solos, sino que vivimos en sociedad, y por lo tanto hay otras vidas humanas que deben vivir de acuerdo con su dignidad. No se trata solo de velar por nuestra dignidad, sino también de ayudar a que no se violente nunca la dignidad de los demás. Vocación, sentido, vida, dignidad... son términos que pareciera que se quieren borrar u olvidar en la actualidad.

Somos cuerpo y por eso es necesario considerarlo cuando hablamos de dignidad: un cuerpo que debe ser tratado con respeto y un cuerpo que nos pide que cuidemos la naturaleza que nos rodea. El cuerpo es nuestro vínculo, nuestra conexión con el mundo. Pero no solo somos cuerpo, sino que la vida humana busca la Verdad con la razón, el Bien con la libertad, y la Belleza con el amor. Son cualidades innatas del ser humano que vale la pena recordar: tenemos inteligencia que nos hace capaces de abstraer información de la realidad; tenemos libertad que nos permite tomar decisiones y asumir sus consecuencias; y tenemos una capacidad de amar y una sed de sentirnos amados. Somos algo más que materia... y ahí está la raíz de nuestra dignidad. Cuando nos damos cuenta de esa dignidad, somos conscientes de nuestra vocación. Entonces, en primera instancia, estamos llamados a ¡ser personas! ¡ser humanos!

La cualidad que da “color” a todo es el amor. (¡Qué palabra tan gastada, tan mal usada, tan atropellada!) Y es que todos tenemos una sed de amor que necesita ser saciada, y todos tenemos la capacidad de amar... aunque sea imperfectamente. Al darnos cuenta de eso, descubrimos que existe ese Amor que da sentido a nuestra vida: Dios. Solo Su Amor es capaz de llenar la vida y solo a partir de él podemos vivir la vida plenamente. Por eso, como dijo el apóstol Juan: “Él nos amó primero” (1Jn. 4,19). La dignidad y el amor están tan conectados que no puede pensarse uno sin el otro. Cuando se vive como si no tuviéramos dignidad, en el fondo hay una dificultad para sentirnos “merecedores” de amor, o capaces de amar; cuando tratamos a alguien como si no tuviera dignidad, en el fondo creemos que esa persona no “merece” amor; cuando no amamos, nos enceguecemos ante la dignidad del otro. Y es que el amor es siempre de persona a persona; de dignidad a dignidad. Por eso la gran crisis de humanidad está en el pensar que las cosas tienen dignidad (y vivimos al servicio de ellas) y las personas tienen un precio (que compramos, usamos y desechamos). O también estamos equivocados cuando creemos que amamos algo, cuando en realidad lo que estamos experimentando es un sentimiento egoísta de posesión: “amo esto, porque está a mi servicio”.

“Si no tengo amor, de nada me sirve hablar todos los idiomas del mundo.” (1 Cor. 13, 1). Y podemos continuar nuestra lista con las habilidades y cualidades que tenemos. San Pablo expresa bellamente que en realidad estamos llamados a vivir en el Amor. Santa Teresita de Lisieux expresa también esa realidad como la raíz y culmen de su vida: “¡Mi vocación es el amor!” Entonces, el sentido de nuestra vida humana está en el Amor. Podemos unirnos a

Teresita y decir también: “¡estamos llamados a dejarnos amar y a amar!” Y sí, decimos “estamos llamados”, porque el Amor Infinito, perfecto, total, viene solamente de Dios; Él nos da gratuitamente su Amor... no porque nos lo hayamos “ganado”, o porque lo hemos “comprado”. Su Amor es gratuito, incondicional, libre, concreto... y así como “fuimos llamados” a la vida, estamos “llamados” al amor. Cuando nos dejamos amar plenamente por Dios y descubrimos cómo su amor inunda toda nuestra vida, entonces seremos capaces de amar a los demás, a los que nos rodean, a los que no nos son tan simpáticos, a los que nos hacen daño, a los que nos han herido... Porque estamos llamados a amar en grande. Sí, siempre encontraremos imperfecciones en nuestro amor, y en el amor de los demás, pero queriendo vivir de acuerdo a él, es cuando encontramos la felicidad.

Las cosas se vuelven cada vez más “concretas” cuando nos descubrimos en nuestra propia vida, con nuestras propias cualidades y defectos, cuando vemos la realidad que nos rodea y nos preguntamos: ¿cómo puedo amar concretamente aquí y ahora? Y es ahí donde cada uno va respondiendo a su vocación más específica. Quisiera aquí subrayar algo importante. La vocación no es entonces solamente una profesión o un oficio... sino que cualquier profesión u oficio deberían ser una forma de responder a la vocación de amar. Cuando reducimos el término vocación a la vida religiosa o sacerdotal, o para encontrar una profesión, estamos mutilando toda una experiencia humana. Repito aquí: ¡todos estamos llamados a vivir en el amor! ¡Vida y Amor!

Y bueno, como empecé diciendo, nos descubrimos llamados cuando vemos en nuestra vida cotidiana “el paso” de Dios, y vamos “leyendo” los acontecimientos en función de la vida que Él nos da, y en el ejercicio del amor al que Él nos invita. En Jesús, el Rostro de Dios, vemos la promesa de la “vida en abundancia” (Jn. 10, 10). Por lo tanto, el mismo Dios quien nos creó por amor, nos llama a vivir plenamente nuestra vida... con la esperanza de que hay una vida que es para siempre. La vida eterna es, a fin de cuentas, esa posibilidad de vivir para siempre en el amor, en Su Amor. Y esto lo captó muy bien San Juan Bosco: “debemos vivir con los pies puestos en la tierra, pero con la mirada fija en el cielo”; es decir, vivir bien aquí en este mundo (vivir con dignidad), pero sabiendo que no todo acaba aquí, sino que estamos llamados a algo más, a algo eterno. Si nos falta alguna de esas miradas, las cosas no caminan bien. Si vivimos solo con los ojos en este mundo, nos podemos perder en el egoísmo, o en esclavitudes; y si vivimos solo con los ojos en el cielo, viviríamos sin ocuparnos de vivir bien esta vida que se nos fue dada... porque al final, somos cuerpo también.

Cada uno tiene una historia vocacional diversa; es decir, el camino que cada uno realiza para llegar a darse cuenta de que está llamado a amar en lo concreto ... pero según mi experiencia, se puede tratar de explicar en las palabras que puse en el título de este artículo.

Ante todo, me encanta sentirme “mirado” por Dios. Es una **mirada** que da paz, que perdona, que acompaña, que invita a crecer. La vocación como llamada de Dios empieza por Su mirada en nosotros. ¡Él nos mira! Él nos conoce. Y como suele pasar cuando alguien nos ve, “sentimos” esa mirada, y giramos nuestra vista para encontrarnos con quien nos está viendo.

Y entra ahí la segunda experiencia: **sonrisa**. Cuando las miradas se entrecruzan entre Dios y la persona, surge una sonrisa espontánea, pura. De nuestra parte, a veces esa sonrisa puede ser tímida, puede ser con alguna lágrima, puede ser hasta con miedo, porque hemos creído que Dios nos miraba para castigarnos. Es hermoso pensar a Dios sonriéndonos, como una madre que se “embelesa” en su hijo. La vocación es, entonces movida por un **encuentro**. Cuando nos encontramos con la Fuente de nuestra vida y de nuestra felicidad, descubrimos nuestra vocación. Dios no llama “a distancia”, o mientras está haciendo otras cosas. Dios llama, porque se ha encontrado con nosotros, y quiere que fruto de ese encuentro, nos encontremos con los demás. Solo es capaz de descubrir su vocación cuando nos encontramos con Él -cuando nos vemos y nos sonreímos-. Es a partir de esa mirada donde descubrimos mejor nuestra naturaleza y reconocemos cuánto somos amados y cómo podemos amar.

Y bueno, como tenemos libertad, podemos simplemente ignorar esa mirada y no sonreír. A eso lo llamo “**intentos de fuga**”. En toda vocación también hay momentos en los que queremos huir, quizá porque no nos creemos capaces; porque creemos que contamos solo con nuestras fuerzas; porque creemos que quien nos llama nos va a dejar solos. Eso sí, Él, que no se puede negar a sí mismo, no puede darnos la libertad y luego obligarnos a hacer algo. Por eso, el encuentro, el cruce de miradas y las sonrisas siempre están las dos libertades: la de Dios y la nuestra.

Quisiera compartir de forma más concreta cómo experimenté eso en mi vida. Empecé a sentir la mirada de Dios en mi propia familia, en donde, a pesar de las dificultades, problemas y limitaciones económicas, me inculcaron valores humanos y cristianos, y me impulsaron siempre a dar lo mejor de mí. Fue en mi familia donde descubrí (aún sin poderlo expresar con palabras) que era amado y que podía amar. El ejemplo de mi mamá, en particular, me enseñó a que debíamos ayudar siempre que pudiéramos, a confiar en los demás, a descubrir lo bueno que tienen los demás y no querer buscar defectos. Seguí experimentando esa mirada de Dios durante mi vida escolar en el colegio salesiano de la ciudad de Guatemala. Fue en una experiencia en el Oratorio, en donde me dejé mirar y vi. Fue con los niños a los que daba la clase de idioma español. En ellos descubrí que Dios me miraba y que yo podía verlo a través de ellos. Y sí, ahí fue donde apareció la sonrisa. Descubrí que podía responder a mi vocación de amar en lo concreto en la vida consagrada como salesiano de Don Bosco, en medio de los niños y jóvenes. Me encontré con la mirada de Dios en el patio del oratorio, y desde entonces es ahí donde lo veo... y quiero sonreírle(s) siempre. En ese camino fue importante el acompañamiento espiritual, y la vivencia de los sacramentos. Frente al Sagrario, era donde nos mirábamos y me empujaba a que nos siguiéramos viendo en el bullicio del patio.

Evidentemente no todo fue fácil. Aparecen las dudas, los problemas, los malentendidos, los cansancios... y viví muchos intentos de fuga. En todos ha ganado Su Mirada cargada de paz y Su Sonrisa que da alegría. Pero los he vivido. Creo que los intentos de fuga más fuertes han sido cuando luché conmigo mismo, en el sentido de darme cuenta de que no todo depende

mí, que no solo cuento con mis fuerzas, que no todo será según mi parecer... cuando me doy cuenta que no quiero soltar aquello que me esclaviza.

Hice mi Profesión Religiosa como salesiano de Don Bosco en Colombia, en enero del 2014 y continué mis estudios de filosofía y pedagogía en Guatemala. Fue ahí donde experimenté que Su Mirada me pedía “algo más”. Fue como una vocación dentro de otra vocación: persona amada llamada a amar como salesiano, pero... como misionero ad gentes. ¿Qué es un misionero ad gentes, ad exteros, ad vitam? Es aquel que se pone a disposición de ser enviado a donde exista necesidad de evangelización, quizá a lugares donde no muchos estén dispuestos a ir y sí, lejos de la propia tierra, y en culturas diversas. Evidentemente esto lo sentía muy grande para mí. Otro intento de fuga.

Fue en el 2017, mientras hacía mi tirocinio (práctica pastoral) en CEDES Don Bosco, que concreté mi respuesta y envié mi carta al Rector Mayor para ofrecerme como misionero “en dónde Dios me quiera”. Ahí también se mostró de forma admirable la presencia de la Virgen María.. digamos que, en mayo de ese año, a partir del accidente que sufrimos en un bus, fue donde logré “leer” algo más. Sí, a partir de un accidente, me sentí mirado por Dios.

Pero aún debía esperar. Luego, continué mi tirocinio en el 2018 en la Parroquia María Auxiliadora, en Honduras, un año realmente hermoso en medio de los jóvenes y una población sencilla que me enseñó a ver lo verdaderamente importante. Fue en marzo del 2019, mientras estaba como asistente en el prenoviciado de Guatemala, cuando recibí la respuesta: había sido admitido para la Expedición Misionera número 150, desde la primera que envió Don Bosco en 1875, dirigida a la Patagonia, Argentina. La emoción fue tremenda... pero debía continuar viviendo “con los pies en la tierra” en la misión que aún tenía. Fue en junio cuando supe mi lugar de destino: Bulgaria. Fue otro momento de sonrisas entre Dios y yo. Un lugar completamente inesperado. Así es que, en septiembre de ese año, desde la Basílica de María Auxiliadora en Turín fui enviado.

La misión salesiana en Bulgaria es relativamente joven: la primera presencia salesiana fue en 1994, como fruto de un encargo recibido por los salesianos de República Checa. El trabajo es prioritariamente en medio de los barrios gitanos, ofreciéndoles reforzamiento escolar, diversos talleres y actividades del tiempo libre. Se ofrecen también cursos para animadores de diversas ciudades. Actualmente está en construcción una escuela en medio de uno de esos barrios gitanos. Es emocionante ver cómo se va construyendo algo, principalmente algo que pretende ser un puente entre los búlgaros y los gitanos, pues lamentablemente existe mucha discriminación. Otra novedad es que somos “bi-rituales”. Es decir, celebramos los sacramentos no solo en el rito latino -romano- (que es el que conocemos en Centroamérica), sino que también en rito bizantino (muy similar al ortodoxo, para que se hagan una idea). Así que todo ha sido novedad para mí.

Debido a la situación migratoria y del COVID, ya van tres meses que estoy en República Checa, en la casa inspectorial. Así que este tiempo de cuarentena me ha servido no solo para

seguir aprendiendo el idioma, sino como un particular retiro espiritual; para terminar de “asentar” o “digerir” muchas experiencias, rostros, cambios.

Sí, sigo descubriendo que Dios me sigue viendo, me sigue amando, me sigue sonriendo y quiere que siga amando. Las situaciones difíciles y dolorosas ciertamente leídas bajo la perspectiva del “para qué”, me han ayudado a seguir adelante y descubrir que, con Dios a mi lado, he hecho cosas que creía imposibles. La vocación es llamada de Dios... y depende de cada uno responder. Todos, desde donde estemos, y aún en medio de esta situación tan dolorosa a nivel mundial, podemos sacar a relucir lo mejor de nosotros y compartir el amor que hemos recibido de Dios.

No me queda más que desearnos seguir encontrándonos con Dios y pedirle día a día que nos indique cómo quiere que le respondamos, que nos ayude a sentirlo cerca en los momentos difíciles y que en medio de todo, no perdamos la sonrisa.

Hno. Brandon Figueroa, SDB
Praga, República Checa, 24 de junio de 2020
Solemnidad del Nacimiento de Juan, el Bautista